



La Guerra, en busca del pacto o la Victoria

War in Search of Agreement or Victory

RECIBIDO: 28 DE ABRIL DE 2011 / ACEPTADO: 30 DE NOVIEMBRE DE 2011

PEDRO VALDÉS GUÍA

Comandante del Estado Mayor del Ejército español
y Jefe de Operaciones en Afganistán
(pvaldesg@arrakis.es)



Resumen: Partiendo de las dispares manifestaciones de la praxis guerrera y de su raíz común en la enemistad, el autor trata de mostrar cómo lo bélico no tiene otra lógica que la política, de la que constituye una manifestación límite, su gramática más extrema. Las diversas combinaciones de las leyes y formas de esa lógica política determinan cómo debe resolverse el duelo en que consiste la confrontación bélica: la guerra en busca del pacto o la Victoria. La intención de acotar y limitar esta gramática extrema sólo puede hacerse efectiva a través de una lógica política que prime el pacto sobre la Victoria, y que circunscriba esta última a un espacio de legitimidad.

Palabras clave: Guerra, Política, Pacto, Victoria, Legitimidad.

Abstract: Beginning with mismatching explanations of warlike praxis and enmity as its common base, the author aims at showing how warfare has no other logic than a political one, the former being the utmost manifestation of the latter. The various rulings and other forms of such political argumentation determine how to solve the confrontation: either by war in search of agreement or victory. To solve the dilemma, the proposal should prioritize agreement over victory and circumscribe the latter to a set-up of legitimacy.

Keywords: War, Politics, Agreement, Victory, Legitimacy.



PEDRO VALDÉS GUÍA

I. LA GUERRA, UNA GRAMÁTICA DE LA LÓGICA POLÍTICA PARA SOLVENTAR SITUACIONES EXTREMAS

• Por qué las guerras de anteaño fueron libradas por ejércitos profesionales de manera limitada? ¿Por qué las de ayer fueron libradas de manera extrema por ejércitos de leva universal? ¿Por qué en las guerras ha habido batallas que se han resuelto con una víctima¹ y otras han costado miles de vidas humanas y apenas han resuelto nada? ¿Por qué ayer era inapelable la sentencia de la victoria de un ejército sobre otro y hoy es contestada con una resistencia generalizada?

A pesar de tanta disparidad, podemos identificar algo común a todas esas situaciones: la enemistad que aparece en su origen y que, a la par que las identifica en lo que tienen de común, las modula, de lo que resulta su diversidad. Ciertamente, en el origen de aquellas batallas incruentas o de las insurgencias más salvajes encontramos una contraposición que es lo suficientemente fuerte para agrupar a los seres humanos en amigos y enemigos. Cualquiera que sea la causa: religiosa, económica, étnica..., es la intensidad de esa contraposición la que origina la enemistad y, en último término, la guerra, pero es la modulación de esa enemistad lo que termina dando cuenta de cómo se lucha y, por lo tanto, la que determina cada tipo de guerra.

Esa peculiar intensidad, capaz de obrar la transformación de cualquier contraposición social en una agrupación según las categorías de amigo-enemigo, fue audazmente identificada por Schmitt² como aquello que constituye lo específicamente político de una situación dada. Que para Schmitt lo propiamente político fuese precisamente esa intensidad transformadora, y no el contenido transformado, no era sino otra manera de expresar el conocido aforismo clausewitziano de que la guerra es una continuación de la política por otros medios. Y es que, para ambos pensadores, lo político es un comportamiento que afronta aquellas situaciones donde los hombres se encuentran seriamente divididos; seriamente, pues tal división presupone una potencial ra-

¹ “Un segundo carácter de la guerra es que se trata de una lucha a mano armada. Poco importa que sea más o menos mortífera. En este sentido, las guerras del renacimiento, como la de aquella batalla de Agnani en la que solo hubo una víctima, un muerto por caída de caballo, eran guerras, mientras que la matanza de millones de civiles polacos a manos de alemanes, solo fue un simple crimen”. Bouthoul, G. (1984), p. 98.

² Ver Schmitt, C. (2009).

dicalización hasta el extremo más serio, aquel en el que unos hombres toman la vida de otros³.

Así, la guerra es originada y modulada en un ámbito, el de la enemistad, que tiene su propia lógica⁴, la política, con sus formas, leyes y modos. Formas que configuran la necesaria unidad de unos agrupamientos constituidos en torno a la distinción amigo-enemigo⁵. Leyes que establecen el orden entre las diversas unidades políticas. Y modos constituidos por las diversas gramáticas en que se expresan esas relaciones políticas. Siguiendo esta analogía, la guerra sería una gramática para el caso más extremo, aquél que afronta una fractura irremediable en esas relaciones que precisa de una decisión que la resuelva⁶.

Por ello, es inútil preguntar a la guerra por la razón de las dispares realidades con las que hemos comenzado estas líneas. La guerra, como se ha visto, es sólo una gramática, una gramática que, en situaciones extremas, se introduce en el discurrir del tránsito político al que pertenece la lógica⁷. De esta forma sólo existe la lógica política; lo bélico no es más que una de sus gramáticas, y, por lo tanto, sólo de las formas y leyes de esa lógica podemos esperar una respuesta al porqué de tales disparidades.

³ “La agrupación real en amigos y enemigos es en el plano del ser algo tan fuerte y decisivo que, en el momento en que una oposición no política produce una agrupación de esa índole, pasan a segundo plano los anteriores criterios «puramente» religiosos, «puramente» económicos o «puramente» culturales, y dicha agrupación queda sometida a las condiciones y consecuencias totalmente nuevas y peculiares de una situación convertida en política, con frecuencia harto inconsecuentes e «irracionales» desde la óptica de aquel punto de partida «puramente» religioso, «puramente» económico o fundado en cualquier otra «pureza». Schmitt, C. (2009), p. 68. Por ello, la política tiene su propia lógica que sojuzga y anula cualquier otra que la haya podido ocasionar, hecho que queda patente cuando se pretende explicar el desarrollo de una situación específicamente política con una lógica religioso-civilizatoria o económica.

⁴ “Ciencia que expone las leyes, modos y formas del conocimiento científico” (DRAE).

⁵ Unidad reclamada por la posibilidad de que llegue a darse el caso decisivo del combate real.

⁶ “Clausewitz (*Vom Kriege*, III. Teil, Berlin 1834, S. 140) dice: La guerra no es sino la prosecución de la política por otros medios”. Para él la guerra es «mero instrumento de la política». Y ciertamente la guerra también es eso; lo que ocurre es que su significación para el conocimiento de la esencia de lo político no se agota con esa proposición. Y si se mira más atentamente, tampoco para Clausewitz es la guerra uno más entre los diversos instrumentos de la política, sino que constituye la «última *ratio*» de la agrupación según amigos y enemigos. La guerra posee su propia «gramática» (sus propias reglas técnico-militares), pero la política es y sigue siendo su «cerebro»; la guerra no posee ninguna «lógica propia»... Si la guerra forma parte de la política, adoptará su carácter peculiar”. Schmitt, C. (2009), pp. 63-64.

⁷ Situaciones extremas que se producen, como apunta Julien Freund, por una fractura del equilibrio político en la que concurren, por un lado, una situación de excepción representada por una voluntad decidida a seguir un procedimiento ajeno a las reglas del orden agonal y, por otro, la desaparición de un tercero y, con ella, la posibilidad de cualquier mediación. Ver Freund, J. (1995), pp. 81-94.

En lo que a las formas o sistemas políticos se refiere, la lógica política puede establecerse entre formas de unidades políticas mutuamente reconocidas o, por el contrario, puede consistir en la pretensión de imponer un carácter determinado a otra unidad política cuya forma se considera deslegitimada. En lo que respecta a las leyes, esa lógica política puede darse conforme a unas leyes que constituyan un orden común o, más allá de cualquier ley, fuera de un orden o ante un orden quebrado. Es en estas combinaciones de la lógica política donde debe buscarse la respuesta a la primera pregunta que durante un conflicto debe formularse todo estratega: ¿qué guerra estamos luchando? Ni las batallas solventadas con una sola baja se explican por la letalidad de las armas empleadas, ni las modernas insurgencias se explican como mero resultado de la asimetría entre los contendientes enfrentados. Todo depende de la lógica política que define mi posición, delimita la del contrario y establece el ámbito en el que ambas posiciones se enfrentan.

Por último, es preciso indicar el pequeño abanico de posibilidades que la gramática de la guerra ofrece a la lógica política para la solución de un caso extremo. La praxis guerrera es un duelo que sólo puede resolverse mediante un pacto o con una victoria. También en esto es la misma lógica política que llama a escena a la gramática de la guerra la que indica cual de las dos sentencias debe buscarse con esa guerra⁸.

En este sentido, la guerra dentro de un orden común entre unidades políticas que se reconocen mutuamente como soberanas, debería dirigirse a la consecución de un pacto que resuelva la disputa sin afectar a la forma política de las unidades implicadas, mientras que la guerra fuera de un orden, o ante un orden quebrado, en la que se busca imponer una forma o sistema político determinado, deberá buscar la victoria como única sentencia válida para imponer formas o fundar órdenes nuevos.

Tan absurda sería una estrategia que buscara un pacto dentro de una lógica política de imposición, como otra que buscara una Victoria abrumadora

⁸ “Urge ahora hacer una aclaración que la confusa terminología de hoy parece pedir: la del sentido de ‘Paz’ en relación con la Victoria. Cuando un contendiente consigue dominar plenamente a otro y le obliga a deponer las armas, hablamos de rendición... si la guerra ha sido legítima, este éxito de las armas debe llamarse Victoria, una Victoria legítima. Por el contrario, cuando no se llega a tal extremo, sino que, por iniciativa de un contendiente o de los dos a la vez, se produce un arreglo de transacción que evita el desarrollo ulterior de la guerra, decimos que hay una Paz... El estado que se produce a consecuencia de este nuevo orden fundado en la Victoria legítima o en una Paz se llama, a su vez, estado de paz. La palabra latina *pax* tenía propiamente el sentido de *pactum* por el que se evita la continuación de una guerra... Pero este sentido originario... hubo de asociarse en la palabra *pax* con otro sentido que ésta adquirió después: el de estado pacífico. Esta duplicidad de sentidos que la palabra “paz” ofrece da lugar hoy a confusiones lamentables”. D’Ors, A. (1954), pp. 86-87.

LA GUERRA, EN BUSCA DEL PACTO O LA VICTORIA

como gramática de una lógica política entre contendientes pertenecientes a un orden común. Al hilo de estas reflexiones propongo replantear aquella pregunta primera sobre qué guerra estamos luchando y expresarla en términos de qué resultado, por lógica política, buscamos. De hecho, una estrategia que no entienda si de la guerra presente se espera un pacto o una victoria, comienza su andadura por el camino de la derrota.

II. LA GUERRA QUE BUSCA LA PAZ COMO *PACTUM*

A lo largo de la historia se han dado numerosas circunstancias en las que la guerra se ha librado entre unidades políticas que se reconocían mutuamente como soberanas. Con frecuencia este reconocimiento mutuo se daba en el marco de un orden dado, que ambas unidades políticas reconocían como propio y que, por tanto, se debía preservar de la destrucción que la guerra comporta. En este sentido, lo común se consideraba como parte y fundamento de lo propio y la fuerza vinculante de las normas que aseguraban su conservación no se veía como una mera protección de los bienes ajenos, sino como un instrumento necesario para proteger ese bien común y real del orden compartido⁹.

En todos estos casos, el sometimiento voluntario a un orden común era expresión de una base ética y cultural compartida. Ya fuese en la Antigüedad Clásica, griega o romana, como en la Europa de la Cristiandad o en el sistema moderno del *Ius Publicum Europeum*, el orden seguía a la efectiva existencia de una unión más profunda, de carácter religioso o cultural, dotada de una indudable dimensión ética¹⁰.

⁹ Ver Cruz Prados, A. (2004), pp. 126-127.

¹⁰ Así, en el proceso bélico griego las ciudades establecían un convenio, cuyo resultado quedaba definido previamente, sólo pendiente de saber que ciudad sería la vencedora y cual la perdedora. El resultado del combate era vinculante y quedaba ratificado por juramentos sagrados que deberían cumplirse inexorablemente. Estas reglas inspiradas por cierto derecho común eran respetadas por la convicción universal, y se denominaban “leyes comunes de los Helenos”, “leyes panhelénicas”, “legalidades comunes”, etc. Véase Sánchez de la Torre, A. (1994), p. 23.

Igualmente, el derecho bélico de la Cristiandad supuso un esfuerzo considerable por limitar y humanizar la guerra, así, por ejemplo, “se impuso ‘la paz de Dios’ para proteger a los clérigos, la mujeres, los niños, los ancianos, los comerciantes y campesinos, así como a los refugiados en un dominio eclesiástico o en un lugar de culto; los señores se obligaban mediante juramento, bajo pena de excomunión a no llevarse las bestias de labor ni a incendiar casas, viñas ni molinos. Más adelante se impuso la tregua de Dios durante ciertos periodos del calendario litúrgico que totalizaban cerca de dos tercios del año. Como se ve un notable esfuerzo de humanización que se impuso por la autoridad eclesiástica y que fue generalmente aceptado”. Serrano Ruiz-Calderón, J.M. (1994), p. 73.

Frente a la costumbre que imperaba en ese espacio regido por un orden común y sustentado por un *corpus* de valores compartidos, la guerra fuera de ese espacio era una contienda sin cuartel, en la que no se respetaban más normas que las impuestas por una violencia libre y, casi siempre, salvaje.

En este marco, la gramática de la guerra está al servicio de un “peculiar” proceso jurídico con el que la lógica política busca ejecutar un derecho. El único proceso jurídico posible entre dos partes que, por no reconocer una autoridad superior compartida, aceptan el resultado de la contienda como el veredicto que otorga o niega ese pretendido derecho, como un acto que dis-cierne, discrimina y decide una situación de *ambiguitas*¹¹.

La guerra así concebida constituye una praxis ampliamente acotada y circunscrita a la materia que es objeto del litigio. Para que las pasiones inherentes a toda lucha armada no la escalen a extremos desproporcionados en relación al bien litigado, el fenómeno bélico se somete a un profundo proceso de ritualización orientado a crear una codificación en los modos de enfrentamiento que asegure la simetría entre los adversarios y que circunscriba la violencia de sus acciones a unos límites bien delimitados¹².

En resumen, cuando la reclamación de un determinado derecho entre dos unidades políticas, mutuamente reconocidas y sometidas voluntariamente a un orden común, reviste trascendencia suficiente como para enfrentarlas hasta el extremo de distorsionar o impedir el normal tránsito político entre ellas, esta concepción jurídica de la guerra se postula como un instrumento para sentenciar la disputa y retornar a las gramáticas normales de la lógica política. Así considerada, la victoria militar consistirá en forzar un pacto que sentencie favorablemente la reclamación sobre el derecho disputado, que, a su vez, será la norma para establecer el límite del esfuerzo empleado¹³.

Al comenzar estas líneas decía que es la modulación de la enemistad la que termina dando cuenta de cómo se lucha y, por lo tanto, la que determina cada tipo de guerra. Una guerra como la de las Malvinas, en la que ambos contendientes se reconocían mutuamente, constituye un buen ejemplo de una

¹¹ Ver d’Ors, A. (1954), p. 181.

¹² Spaemann, R. (2001), pp. 658-659.

¹³ En esta modalidad guerrera la lucha tiende a transformarse en combate entendido como “una especie de lucha que se desenvuelve según convenciones aceptadas por ambas partes, es decir, una lucha organizada, disciplinada y regular, que sólo compromete a hombres designados para participar en ella y que utilizan medios determinados”. Freund, J. (1968), p. 682.

LA GUERRA, EN BUSCA DEL PACTO O LA VICTORIA

guerra que busca la paz como *pactum*; por el contrario, una guerra a la que precede una criminalización radical del contrario que impide cualquier reconocimiento, es incompatible con esta búsqueda del pacto. En este sentido, aunque las apariencias pudieran llevar a pensar otra cosa, la primera guerra de Irak nunca fue una guerra que buscara la paz como *pactum* y, de hecho, nunca se produjo un fin de las hostilidades sino una transformación en la manera de llevarlas a cabo.

III. LA GUERRA QUE BUSCA LA VICTORIA

Hemos hablado de la guerra dentro de aquellos órdenes que constituyeron el mundo griego o romano, la Cristiandad medieval o el sistema interestatal europeo. Ahora toca centrarnos en aquellas guerras instauradoras de un orden nuevo, que tuvieron su punto de arranque en la época moderna con el paradigma Napoleónico, consistente en actos abrumadores de fuerza militar destinados a derribar un régimen e instaurar otro¹⁴. Este proceso instaurativo llegó a su extremo en la II Guerra Mundial, donde se buscó la destrucción completa del potencial bélico enemigo como medio, no sólo para imponer un régimen, sino para instaurar un orden global completamente nuevo¹⁵. Dinámica bélica muy de actualidad, en la que podemos incluir las guerras de Afganistán e Irak.

Para una cabal comprensión de esta gramática guerrera que busca la instauración es necesario asociarla, por una parte, a la consideración cada vez más unificada del espacio global como un espacio único e indiferenciado, que halla su origen en factores diversos, tales como el dominio del aire, la interdependencia económica o, de manera más contemporánea, la revolución tecnológica con su corolario, las redes globales de intercambio de información. Por otra, al deterioro progresivo de la soberanía estatal, corroída por estructuras e instituciones supranacionales, por la acción de grupos de presión económica internacionales y por la falta de compromiso de sus mismos integrantes¹⁶.

¹⁴ “Mientras que las guerras del renacimiento eran una continuación de la acción diplomática entre los estados en la que el poder de cada potencia y su naturaleza debían ser preservados, la guerra napoleónica tenía como fin la transformación radical de la naturaleza de tales estados: su fin estratégico-político era el cambio de las reglas del juego y de los propios estados. Su genialidad consistió en casar los medios y métodos militares con el fin político-estratégico perseguido”. Smith, R. (2007).

¹⁵ Ver Aron, R. (1996), pp. 115-116.

¹⁶ Ver Howard, M. (2002), pp. 91 y ss.

Tanto el deterioro de la soberanía estatal como la concepción espacial única y homogénea están en la raíz de la progresiva transformación de todo conflicto internacional entre espacios bien diferenciados en un conflicto civil que se libra en un mismo espacio homogéneo. En este sentido, no es de extrañar que esta guerra instauradora vaya acompañada de una criminalización del enemigo, por ser una radicalización de “otro”, no en su propio espacio, sino en un espacio único en el que no cabe tal alteridad. Toda confrontación adquiere un carácter interno en el que no hay lugar para el pacto, pues en una guerra civil no puede haber compromiso con el enemigo, ya que al disputarnos el mismo espacio, su afirmación es toda ella mi negación¹⁷.

Ahora bien, si Napoleón fue la persona que canalizó los vientos de una Revolución que terminaría por pulverizar el orden interestatal europeo, sustituyendo el valor del pacto o tratado de paz por la rendición incondicional y la posterior imposición absoluta, los españoles fueron los primeros en darse cuenta de que la gramática guerrera estaba puesta al servicio de otra lógica, y que, ante lo que estaba en juego, no tenía sentido aceptar el veredicto del enfrentamiento ritualizado entre ejércitos. Lo expresa muy bien el testimonio de Jovellanos, “el mejor pensador español contemporáneo de la Independencia, cuando contesta al General más dandy del Ejército imperial, Sebastiani, que le había incitado al abandono de la causa rebelde. Dice así: «Señor General. Yo no sigo un partido: sigo la santa causa que defiende mi patria. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición, ni por el interés de los Grandes de España, sino por nuestro Rey, nuestra Religión, nuestra constitución tradicional y nuestra independencia. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresión ha derramado sobre unos pueblos inocentes. Señor General, no os dejéis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de expresar son los de la Nación entera...»”¹⁸. No solo hace doscientos años, sino también ahora, las intervenciones militares instaurativas son confrontadas por lo que David Kilcullen llama *accidental guerrillas*: “people who fight us not because they hate the West and seek our overthrow but because we have invaded their space ... They fight us not because they seek our destruction but because they believe we seek theirs”¹⁹.

¹⁷ Ver Valdés, P. (2007), p. 84.

¹⁸ Rodríguez Casado, V. (1965), p. 99.

¹⁹ Kilcullen, D. (2009), p. 263.

LA GUERRA, EN BUSCA DEL PACTO O LA VICTORIA

Esta guerra que busca la imposición de una forma o sistema político determinado y que, desde luego, no se sustenta en ningún orden compartido por las unidades políticas implicadas, es una gramática al servicio, no de un “peculiar” proceso jurídico, sino de una “legítima defensa” a la que queda reducida la lógica política en aquellas situaciones en que dos concepciones existencialmente contrapuestas se enfrentan a vida o muerte. Como bien especificaba el profesor d’Ors: “En aquel momento las leyes, impotentes, callan: *Silent leges...* Se cumple, en cambio, una ley que no es jurídica, sino biológica, la del instinto de conservación”²⁰.

En estas situaciones, cuando la lógica política queda reducida a la ley biológica del instinto de conservación, la gramática de la guerra solo puede expresarse como Victoria absoluta, significada, no por la derrota del ejército contrario que nada definitivo dictamina, sino como momento instituyente, fundador y justificador de un orden a través de una fuerza realizativa, de un golpe de fuerza que inaugura, funda y justifica un derecho²¹.

Ahora bien, el cuadro moderno de la instauración quedaría mutilado si no lo completásemos con el fenómeno instaurador revolucionario que confía en el carácter creador de la propia violencia, de la que se espera nazca la lógica de un orden nuevo, a diferencia de la guerra instauradora cuya gramática violenta está al servicio de la lógica política de un orden ya dado. No se trata esta vez de una instauración propiamente dicha, sino más bien de una creación obrada por la propia virtualidad del acto violento.

Ambos fenómenos, la guerra como instauración y la violencia de la revolución, están íntimamente relacionados, pues si a la guerra instaurativa le suceden, en numerosas ocasiones, resistencias telúricas generalizadas, esas mismas resistencias son presa para grupos fuertemente ideologizados que buscan su instrumentación al servicio de su voluntad revolucionaria. En esta interacción el origen puede ser, bien la instauración-ocupación seguida por una insurgencia que pasa a ser instrumentalizada, o bien una población que es parasitada por grupos ideologizados que terminan dominándola, dando lugar a una intervención-ocupación que, aunque dirigida contra esos grupos extremistas, termina reforzándolos con la adicción de una resistencia local que se une a ellos ante el enemigo común invasor²².

²⁰ d’Ors, A. (1954), p. 39.

²¹ Derrida, J. (1997).

²² Kilcullen, D. (2009), p. 34.

Aunque no me propongo ahora realizar un análisis en profundidad de esta modalidad de guerra instaurativa, creo necesario apuntar que existen enormes implicaciones en esa fuerza realizativa que hace surgir el derecho y, desde luego, una constatación, que es inútil intentar reemplazarla por conceptos funcionales tales como *comprehensive approach*, *effect base operations*, *inter-agencies perspective*, o por estructuras de gestión, que terminan derrumbándose ante el fracaso de sus fórmulas de *effective management* para crear un orden nuevo.

Entre esas implicaciones de la decisión que constituye la Victoria cabe resaltar, por una parte, que esa Victoria absoluta, ese momento instituyente, fundador y justificador de un orden, esa fuerza realizativa que inaugura, funda y justifica un derecho, exige imperiosamente un fundamento radical, una legitimidad de origen; como afirma la profesora Herrero, si en el momento instituyente o acto fundador “hubiera encerrada una palabra “mística” y, por tanto, no manipulable, entonces su violencia remitiría a una ley que, a su vez, remitiría a la fuerza, sería un acto que contendría una fuerza de origen que constituiría la fuente de toda obligación”²³. Por otra parte es preciso subrayar que la Victoria también exige una legitimidad histórica, es una decisión que “pone un orden..., pero no lo puede modificar hasta tal punto que el orden sea una ‘pura creación’ espontánea de la decisión. La decisión formaliza y determina las posibilidades de orden de una situación concreta. Un orden concreto, por tanto, (que) es en parte fundamento y en parte consecuencia”²⁴ de la Victoria.

Cuando tales legitimidades de origen e histórica faltan, esa instauración, como ya se ha mencionado, suscitará una resistencia que puede tener una fuerza mucho mayor que la misma violencia que trata de imponerla. Como bien expresaba Hannah Arendt: “donde las órdenes no se obedecen, los medios de violencia son inútiles... Todo depende del poder que respalda la violencia”²⁵.

²³ Herrero, M. (2003), pp. 132-133.

²⁴ Ver Herrero, M. (2007), pp. 161-162.

²⁵ Arendt, H. (2005), p. 47.

IV. UN ORDEN GLOBAL QUE CIRCUNSCRIBA LA VICTORIA A UN ESPACIO DE LEGITIMIDAD

Desde las dispares manifestaciones de la praxis guerrera y de su raíz común en la enemistad he tratado de mostrar cómo lo bélico no tiene otra lógica que la política, de la que constituye una manifestación límite, su gramática más extrema. Las diversas combinaciones de las leyes y formas de esa lógica política determinan como debe resolverse el duelo en que consiste la confrontación bélica: la guerra en busca del pacto o la Victoria, mucho más exigente esta segunda que, sin embargo, es la de máxima actualidad.

No obstante lo expuesto, esta distinción entre la guerra en busca del pacto o la Victoria nunca se da de manera perfecta en las situaciones concretas. Cualquier guerra, incluso aquellas menos cruentas, constituye un absoluto para quienes mueren en ellas. Ciertamente, excluida la trascendencia, lo político constituye el ámbito más serio de la vida humana, que necesariamente incluye, como último supuesto, la potencialidad de la guerra. Una guerra en la que unos hombres matan a otros y que, por tanto, tiene siempre algo de “legítima defensa”, un *silent leges inter armas* que decía Cicerón, y encierra una inquietante tendencia a escalar hacia el extremo. Como escribía Schmitt: “No existe objetivo tan racional, ni norma tan elevada, ni programa tan ejemplar, no hay ideal social tan hermoso, ni legalidad ni legitimidad alguna que puedan justificar el que determinados hombres se maten entre sí por ellos. La destrucción física de la vida humana no tiene justificación posible, a no ser que se produzca, en el estricto plano del ser, como afirmación de la propia forma de existencia contra una negación igualmente óntica de esa forma. Una guerra no puede justificarse tampoco a base de argumentos éticos y normas jurídicas. Cuando hay enemigos verdaderos, en el sentido óntico al que se está haciendo referencia aquí, tiene sentido, pero sólo políticamente, rechazarlos físicamente, y si hace falta, combatir con ellos”²⁶.

Para terminar, si lo específicamente político es esa intensidad que transforma cualquier contraposición social en una agrupación según las categorías de amigo-enemigo, entonces no puede darse una verdadera existencia política que no lleve asociada la guerra como posibilidad real. Este convencimiento debe impulsar la configuración de un orden político en el que, más que erradicar la guerra, se busque acotarla y limitarla. Acotación y limitación que co-

²⁶ Schmitt, C. (2009), p. 78.

PEDRO VALDÉS GUÍA

rresponden a una lógica política cuya gramática guerrera busque más el pacto que la Victoria, y que restrinja la búsqueda de la Victoria a aquellos actores sobre los que, en un espacio concreto, converjan las legitimidades de origen e histórica.

En definitiva, creo que, frente al actual empleo generalizado de la violencia instaurativa, tanto por terrorismos e insurgencias ideologizadas, como por empresas bélicas liberadoras o democratizadoras, resulta imperioso el establecimiento de un orden global en torno a grandes espacios²⁷, entendidos como órdenes regionales, entre los que la guerra, si llega, busque siempre el pacto, y dentro de los cuales sea posible imponer la Victoria frente manifestaciones ideológicas extremas sin provocar el rechazo, en forma de insurgencia generalizada, que la actuación de potencias ajenas a ese espacio ha provocado.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2005), *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid.
- Aron, Raymond (1996), *Pensar la Guerra, Clausewitz*, vol. II, Ministerio de Defensa, Madrid.
- Bouthoul, Gastón (1984), *Tratado de Polemología*, Ediciones Ejército, Madrid.
- Cruz Prados, Alfredo (2004), *La razón de la fuerza*, Pearson, Madrid.
- Clausewitz, Karl von (1934), *Vom Kriege*, III, Teil, Berlín.
- Derrida, Jacques (1997), *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid.
- Diccionario de la Real Academia Española, 22 edición.
- d'Ors, Álvaro (1954), *De la guerra y de la paz*, Rialp, Madrid.
- Herrero, Montserrat (2000), "Los derechos humanos en la lucha política", en Saldaña, Javier (coord.), *Problemas actuales sobre los derechos humanos: una propuesta filosófica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 119-133.
- Herrero, Montserrat (2003), "Legitimidad política y participación", *Anuario Filosófico*, vol. XXXVI, nº 1, pp. 111-134.

²⁷ Como señala Schmitt en *Cambio de estructura en el derecho internacional*: "Frente a la pretensión de control y señorío mundial, universal, de signo planetario, se yergue a la defensiva otro *Nomos* de la tierra, cuya idea cardinal consiste en distribuir el globo terráqueo en varios espacios grandes, determinados por su sustancia histórica, económica y cultura". Herrero, M. (2000), p. 130. En ese texto, la doctora Herrero también afirma la necesaria existencia de criterios de discriminación como elementos esenciales de cualquier orden.

LA GUERRA, EN BUSCA DEL PACTO O LA VICTORIA

- Herrero, Montserrat (2007), *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, Eunsia, Pamplona.
- Howard, Michael (2002), *The Invention of Peace & the Reinvention of War*, Profile Books, Londres.
- Kilcullen, David (2009), *The Accidental Guerrilla: Fighting Small Wars in the Midst of a Big One*, Oxford University Press, Nueva York.
- Rodríguez Casado, Vicente (1965), *Conversaciones de Historia de España*, tomo II, Planeta, Barcelona.
- Sánchez de la Torre, Ángel (1994), “Los principios del Derecho de la guerra, en la antigüedad griega”, en *Guerra, Moral y Derecho*, Actas, Madrid, pp. 13-31.
- Schmitt, Carl (1932), *El concepto de lo político*, en http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/CarlSchmitt/CarlSchmitt_ElConceptoDeLoPolitico.htm?bcsi_scan_076AAF43CC69A5E1=0&bcsi_scan_filename=CarlSchmitt_ElConceptoDeLoPolitico.htm
- Schmitt, Carl (1943), *Cambio de estructura en el derecho internacional*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- Serrano Ruiz-Calderón, José Miguel (1994), “La guerra y la justificación de la muerte del inocente en el Mundo contemporáneo”, en *Guerra, Moral y Derecho*, Actas, Madrid, pp. 71-85.
- Smith, Rupert (2007), *The Utility of Force, The Art of War in the Modern World*, Alfred A. Knopff, Nueva York.
- Spaemann, Robert (2001), “Lo ritual y lo moral”, *Anuario Filosófico*, vol. XXXIV, nº 3, pp. 655-672.
- Valdés, Pedro (2007), “‘Acto de fuerza’ y ‘Acto de violencia’: un criterio ontológico para afrontar la violencia absoluta”, *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, nº 30, pp. 65-90.

